

Centro folklórico y tradicionalista

"TIERRA Y TRADICION"

Disertación por Radio Nac. Córdoba  
para el día 27 Noviembre /958

por el Ing. ANIBAL MONTES .-

*Dedicada a la Tradición Nacional Argentina  
por intermedio del Centro Tierra y Tradición.*

*14 minutos*

Fundamentos de la rebeldía calchaquí

Entre las viejas tradiciones argentinas ocupa destacado lugar el de la irreductible rebeldía de los calchaquíes.

Pero esta tradición, que se fundamentó en hechos históricos, ha llegado hasta nosotros con una evidente y perniciosa deformación de la verdad histórica.

Los nietos de los conquistadores españoles vencieron en cruenta y larga guerra a diaguitas-calchaquíes y los expatriaron, quedándose con sus tierras, que eran las únicas tierras de regadío de las Provincias de Catamarca y La Rioja.

Un grupo muy importante de familias, pertenecientes al más heroico y rebelde de los pueblos diaguitas, fué traído a la Ciudad de Córdoba e instalado en lo que hoy es Alto Alberdi, hace justamente tres siglos, llamándose El Pueblito y más tarde el Pueblo de la Toma, dedicado al trabajo de fabricación de ladrillos y tejas.

Cuando en el año 1785 se hizo un censo de los pueblos indios de la Provincia de Córdoba, los numerosos habitantes del Pueblito ya habían cambiado sus apelativos autóctonos por apellidos españoles, entre los cuales abundaban los Villafañe, Ontiveros, Ferreyra, López, Mercadillo, Arcana, Bustos, Salas, Tablada, Bazán, Perulero, Cárdenas, Seballos, Cortés, ya convertidos en vulgares criollos.

La mayoría de los <sup>actuales</sup> habitantes de Catamarca y La Rioja, descienden de los diaguitas y calchaquíes, muchos de ellos de pura sangre autóctona, y otros con mayor o menor mestización, lo cual se ve claramente en

su tipo.

Es necesario levantar esa lápida de ignominia que se ha echado sobre esta heroica raza americana, que con tanto valor y sacrificio pretendió defender su tierra y su libertad.

Una de las características fundamentales de la tradición argentina, es la de la hidalguía. Debemos aceptar que ha llegado el momento de reivindicar a nuestros autóctonos, así como estamos luchando para reivindicar a nuestro legendario y noble gaucho.

Si la historia fué falseada por el interés y exclusividad de los hispanos vencedores y la actual investigación histórica prueba dicha falsedad, cuadra a nuestra hidalguía hacer conocer la verdad histórica.

Los diaguitas-calchaquíes constituyeron una nación de buena gente, dedicada activamente a la agricultura con regadío, ocupando todos los valles cordilleranos donde existía la posibilidad de regar la tierra, así fuera en pequeñas parcelas que ellos habilitaron en forma de andenes en las faldas de los cerros, como un complemento de los valles y vallecitos.

Centenares de pequeños y grandes pueblos, existían en estas montañas del Noroeste argentino, cuando llegaron los conquistadores españoles desde el Perú, en el siglo XVI.

Como todos los montañeses del mundo, estos autóctonos nuestros, eran celosos de su tierra y de su libertad.

Pero salvo aislados casos de rebeldía, ellos recibieron como amigos a los españoles que habían conquistado el Imperio de los Incas y les rindieron vasallaje, trabajando en paz en sus flamantes ciudades y estancias ganaderas.

Todo el trabajo manual e incluso la fabricación de carretas y amanse de bueyes, los telares, la edificación de casas y de iglesias, todo estuvo a cargo de estos indígenas, a título gratuito, ya que los seis pesos anuales que les pagaban, correspondían a la tasa anual que

cada indio tenía que pagar a su encomendero español, como impuesto por el simple hecho de ser indio.

Pero con el andar del tiempo, los hijos y los nietos de los españoles, se dieron cuenta de que precisaban las tierras de las chacaras indígenas, para incrementar la cría de sus haciendas, especialmente las mulas que llevaban al Perú y cambiaban por plata sellada y ropas venidas de España.

Y así fué como empezaron a molestar e inquietar las pacíficas poblaciones de los agricultores autóctonos, dejando que las haciendas les rompieran los cercos de ramas y les talaran las chacaras de maíz, haciéndoles perder las cosechas.

Ante las protestas de los caciques, se imponía la prepotencia del invasor triunfante y si esa protesta era demasiado enérgica, se la calificaba de peligrosa y entonces, los pueblos que se habían quedado sin comida, por la acción de las vacas y las yeguas, mulas y cabras, eran condenados a ser trasplantados a las llamadas reducciones, donde se juntaban las familias de varios pueblos de la comarca, con el pretexto de una mejor organización del trabajo y de una mayor garantía de la evangelización y adoctrinamiento, colocándose en el cerro vecino una gran cruz, símbolo del humanitarismo cristiano, pero también en este caso especial, del destino de gradual exterminio de los pueblos así agrupados y reducidos.

Decenas de casos por el estilo tengo documentados debidamente ~~en mi aun inédito y voluminoso~~ <sup>en mi</sup> libro titulado "El Gran Alzamiento Diaguita-Calchaquí".

Esta larga y cruenta guerra, en la cual dieron tanta muestra de valor y heroísmo, los criollos hispánicos como los indígenas, duró 17 años, desde 1630 hasta el 1647, en que ya muy estropeados y diezmados los autóctonos, muertos los caciques principales, taladas las chacaras y perdidas las esperanzas de triunfar sobre un adversario mejor armado, que contaba con caballadas inagotables, ellos se resignaron a su

triste suerte y se sometieron, calladamente, pero con la frente altiva.

La madre tierra ha tomado su desquite. Ahí están los mal llamados cabecitas negras, dominando en el paisaje de sus heroicos antepasados.

Quien visite las ciudades, pueblos, aldeas y la campaña del Noroeste Argentino, contemplando con espíritu cristiano, la gran cantidad de niños y niñas, que con su delantalcito blanco concurren diariamente a las escuelas primarias lugareñas, no podrá dejar de pensar que la Pachamama ha velado por la conservación de su progenie autóctona.

Y esta observación humanitaria y biológica, debe hacerse sin distinción de clases sociales, pues también entre las familias pudientes, anda campeando la sangre americana, lo sepan o no los interesados y aún contra la aceptación de muchos pretendidos aristócratas, que niegan su lejano mestizaje indo-hispánico.

Esta es la triste y falseada tradición, que tanto estamos tardando en corregir los argentinos: El autóctono americano no desapareció al desaparecer los sonantes apelativos montañeses y <sup>las</sup> vinchas bordadas que sujetaban las melenas negras.

La sangre andina está en la mayoría de la población del Noroeste Argentino y está en las venas de los que por alguna de nuestras raíces venimos de aquellos valles que, tan generosamente regaron con su sangre los guerreros diaguitas-calchaquíes, legándonos el ejemplo de como se defiende la tierra que guarda las cenizas de los antepasados.

De la fusión de esta sangre con la altiva sangre hispánica, surgió esa estirpe humilde y laboriosa, que hizo un culto de la hidalguía y la hospitalidad, del amor al patrio suelo, al prójimo y al derecho.

Esa estirpe de centauros que, cuando llegó la hora del destino, puesta la mirada en la justicia divina y en el porvenir de las generaciones, no trepidó en ofrendar su vida por la patria.

Ellos sabían que luchaban por su tierra y por su derecho a ser libres, exactamente como lo supieron dos siglos antes sus antepasados autóctonos.

Y no precisaron saber más, para alistarse bajo las banderas de Belgrano, Güemes, Lamadrid, Balcarce y tanto otros, que cerraron al hispano la milenaria senda de Humahuaca.

Para correr después a alinearse en los escuadrones de centauros, que al pie del Aconcagua convocara el clarín del Santo de la Espada.

Con sus huesos jalonearon el camino de la libertad, que sellaron para siempre en los llanos de Suipacha, conmoviendo las tumbas del Inca, que así vió renovando a sus hijos, de la Patria el antiguo esplendor.

Cómo no habríamos de recordar estos ya casi legendarios hechos, en estos días consagrados a las nobles tradiciones argentinas !

Y así como veneramos los días en que fueron prendidos los fuegos de la guerra de la independencia nacional, así también debemos mirar con algún respeto aquellos fuegos que ardieron en los Andes, en defensa del derecho a la vida de sus antiguos habitantes.

Allá donde las cumbres se juntan con el cielo, se elevó en espirales el humo de la guerra.

Un pueblo oprimido prefirió la muerte a la esclavitud y el sufrimiento.

Chalimin, el gran caudillo de los Andes, encendió la primeras hogueras en las cumbres de Azampay y el Chango Real. Y muy pronto en las Cumbres Calchaquíes, en el Aconquija, El Ambato, el Famatina, los fuegos de la guerra americana, alumbraron los cobrizos rostros, de los héroes de la Pacha Mama.

En pocos meses, todo el ámbito diaguita se vió libre de invasores y las Ciudades de Salta, Tucumán, Pomán y La Rioja, formaron el arco de hierro de 120 leguas de longitud, desde el cual se vigilaba a esta vieja raza andina, que con tanto heroísmo como sacrificio había liberado su extenso y abrupto territorio, creyendo con orgullo y altanería que ello sería para siempre.

Durante quince años los antiguos dueños del suelo contemplaron con amor sus tierras, donde ahora los ganados europeos pastaban tran-

*momento*

quilos en hermandad con los venados, los guanacos y las llamas.

Y desde el coloso Incahuasi de Antofalla hasta las nevadas cumbres del Famatina, los manes tutelares de la vieja raza andina, debieron contemplar gozosos, como sus heroicos hijos renovaban el antiguo esplendor del reino de Tucumán.

Pero allá lejos, detrás del cerco de hierro hispánico, no descansaban los codiciosos guerreros cara-pálida, que cambiaban sus viejos arcabuces por modernas carabinas y amansaban caballos por millares.

Y así, en un día invernal y cuando menos lo esperaban, las murallas hasta entonces invencibles de Azampay, fueron asaltadas y destruidas, muriendo entre millares, Chalimin, el Tigre de los Andes.

Y este fué el acabose del ímpetu guerrero de ese pueblo que llamaban Los Hualfines, cuyo nombre respetable es recordado por una calle de esta docta Córdoba.

Después de este sorpresivo hecho de armas, poco a poco fueron reducidas las demás naciones diaguitas-calchaquíes, <sup>por ser necesarias a mi mano de obra</sup> pero la hidalguía de los criollos impuso el respeto a la vida de los vencidos y debido a ello podemos constatar en la actualidad el predominio del tipo racial autóctono, en las Provincias del Noroeste Argentino.

Los que rendimos culto a las viejas tradiciones argentinas, podemos cantar loas y alabanzas al heroísmo de las dos razas que chocaron en los Andes, por la posesión del suelo, pero al mismo tiempo debemos rendir culto ~~a la hidalguía criolla~~ a la verdad histórica.

Este es el objetivo de este proceso de humanitario revisionismo en que venimos trabajando, desde hace algo más de diez años, ~~los de este centro cultural que por algo se ha impuesto el hidalgo título de "Tierra y Tradición".~~